

y sólo se oye á lo lejos,  
como incesante suspiro,  
gemir entre inquietas cañas  
las mansas aguas del río,  
apenas surge la aurora,  
unen, en triunfales himnos,  
las campanas y los pájaros  
sus repiques y sus trinos.

Alborada sois vosotros,  
¡oh, pequenuelos queridos!,  
y el alma mía, floresta  
que á su resplandor dulcísimo  
contesta con el aroma  
de las rosas y los lirios;  
ó bien selva enmarañada  
cuyo lóbrego recinto  
llenáis de claros fulgores  
y de murmurios idílicos.

Porque están vuestras pupilas,  
que al cielo roban el brillo,  
llenas de santas dulzuras  
y de inefables hechizos;  
porque vuestras manos suaves  
aún á nadie han ofendido,  
ni han hollado nuestro cieno  
vuestros tiernos piecitos;  
porque vuestra frente pura,  
orlada de blondos rizados,  
cual la frente de los ángeles,  
lleva luminoso limbo.

Sois la paloma del Arca,  
que trae el ramo de olivo,  
tendiendo las blancas alas  
en el azul claro y limpio.  
El mundo, sin comprenderlo,  
contempláis embecidos;  
virginidad doble y santa,  
que, al contemplaros, admiro:  
¡nada inmundo en vuestro cuerpo!  
¡nada impuro en vuestro espíritu!

¡Oh, cuán hermosa es la infancia,  
con sus risas sin motivo,  
con su lengua balbuciente  
que todo quiere decirlo,  
con sus caprichosos lloros,  
breves, cual lluvia de estío;  
y ofreciendo candorosa,  
sin recelos ni distingos,  
su labio á los dulces besos,  
su alma al incierto destino!

¡Señor todopoderoso!,  
una súplica os dirijo;  
haced que no vean nunca  
mis hermanos, ni mis hijos,  
mis deudos, mis compañeros,  
ni mis propios enemigos,  
Abril sin flores lozanas,  
sin tiernas aves los nidos,  
las colmenas sin abejas,  
y sus hogares sin niños.



## PONTO

En aquel bosque, que se ve á lo lejos,  
paso el tiempo leyendo libros viejos.  
Digo á mi perro negro:—«¡Ponto, en marcha!»  
Y vestido cual rústico aldeano,  
alegre al campo voy cuando la escarcha  
el sol de invierno dora,  
ó cuando todo ríe en el verano,  
las plantas y la aurora,  
que para que sus flores la perfumen  
sobre su cáliz el rocío llora.

Andando, abro un volumen  
de Tácito ó Froissard, alguna historia,  
y asombrado medito  
los crímenes horrendos de la gloria.  
Hallo en todas las páginas escrito  
el mismo drama odioso,  
y siempre el héroe muestra  
enrojecida la potente diestra.  
Ebrio y loco, Alejandro victorioso;  
César sumido en bacanal liviana;  
Carlomagno, á la vez que Carlos quinto,  
mostrando el regio manto en sangre tinto;  
Catón, censor austero,  
manteniendo crüel con sangre humana  
las murenas que encierra su vivero;  
el benéfico Tito  
degollando á Israel, de Dios maldito;  
Turena, convertido en bandolero,  
con sanguinario encono  
provincias asolando; Luis nono  
las lenguas arrancando  
con tenazas de hierro candescente;  
Calvino omnipotente  
á Servet á la hoguera condenando!..

¿Y será siempre, ¡oh gloria aborrecida!,  
que el espantoso coro te circuya  
de esos negros espectros? ¡Triste vida!  
¡Miseria humanidad! Dejadme que huya  
á tu seno feliz, Naturaleza.

Allí me sigue Ponto, y cuando digo:  
—«¡Todo, todo es mentira!»  
levanta la cabeza,  
y con semblante amigo  
y con ojos simpáticos me mira.  
La virtud, que en el mundo está en destierro,  
hacerse hombre no pudo, y se hizo perro.

### À LAS MADRES

Madres, el niño sonriente  
que duerme en vuestro regazo,  
puro cual la luz del cielo,  
débil cual la flor del campo,  
«Amor» os dice, y «ternura»,  
«virtud» os dice, y «recato.»

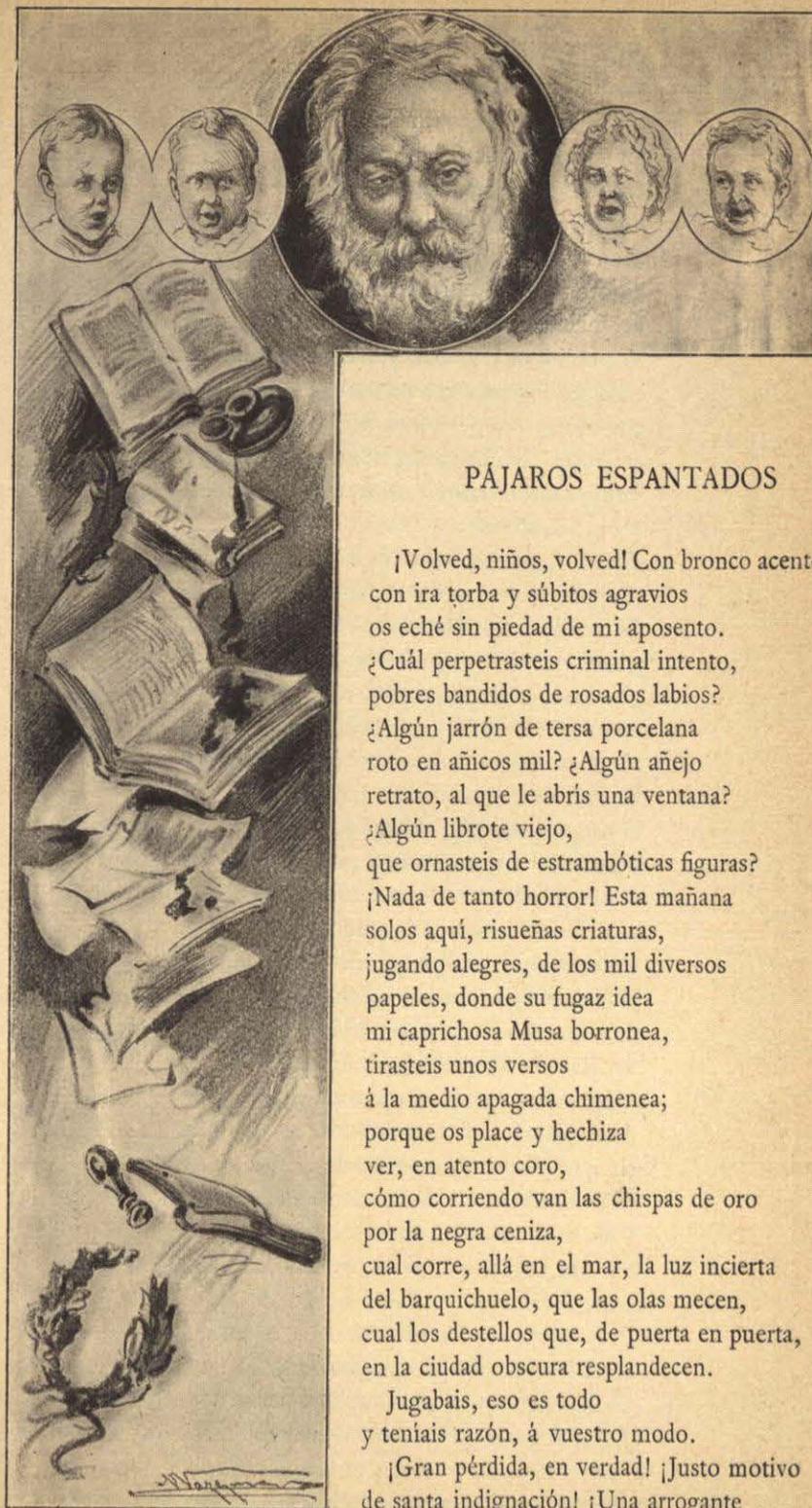
El niño es cual nueva llama  
que al hogar da más halago,  
es el júbilo bendito,  
la paz santa, el calor casto;  
el dulce nombre paterno  
que otra luz ha iluminado;  
y cuando esta nueva aurora  
viene, madres, á alumbraros,  
en las tinieblas del alma  
lo veis todo limpio y claro.

Madres, el hijo perdido,  
que os arranca acerbo llanto,  
si alzáis los ojos al cielo,  
os dará fulgores santos,  
porque, lo mismo que el justo,  
el inocente es un faro!

Entre las nieblas que envuelven  
al pobre espíritu humano,  
entre virtudes soberbias,  
entre orgullos insensatos,  
os muestra á Dios justiciero,  
imperturbable, magnánimo.

Un hijo siempre ilumina,  
allá arriba ó aquí abajo.  
En esta vida, en que todos  
ayuda necesitamos,  
en que se abre ante nosotros  
un abismo á cada paso,  
el niño, cual norte y guía  
entre sombras que engendraron  
nuestras dudas atrevidas  
y nuestros vicios satánicos,  
vivo, os muestra los senderos  
del deber estrechos y ásperos;  
muerto, los velos desgarran  
que la verdad ocultaron;  
en el mundo es una antorcha,  
¡allá, en el cielo, es un astro!

*Santa. Prof. Josefa de la Carra*



### PAJAROS ESPANTADOS

¡Volved, niños, volved! Con bronco acento,  
con ira torba y súbitos agravios  
os eché sin piedad de mi aposento.  
¿Cuál perpetrasteis criminal intento,  
pobres bandidos de rosados labios?  
¿Algún jarrón de tersa porcelana  
roto en añicos mil? ¿Algún añejo  
retrato, al que le abris una ventana?  
¿Algún librote viejo,  
que ornasteis de estrambóticas figuras?  
¡Nada de tanto horror! Esta mañana  
solos aquí, risueñas criaturas,  
jugando alegres, de los mil diversos  
papeles, donde su fugaz idea  
mi caprichosa Musa borrona,  
tirasteis unos versos  
á la medio apagada chimenea;  
porque os place y hechiza  
ver, en atento coro,  
cómo corriendo van las chispas de oro  
por la negra ceniza,  
cual corre, allá en el mar, la luz incierta  
del barquichuelo, que las olas mecen,  
cual los destellos que, de puerta en puerta,  
en la ciudad oscura resplandecen.

Jugabais, eso es todo  
y teniais razón, á vuestro modo.

¡Gran pérdida, en verdad! ¡Justo motivo  
de santa indignación! ¡Una arrogante

estrofa audaz, que exánime aletea  
 porque alzó el vuelo demasiado vivo;  
 un hinchado soneto rimbombante,  
 un pesado romance, que cojea,  
 cual tras ruda jornada el caminante!  
 Otro, gracias os diera: habéis robado  
 la ansiada presa á la censura fosca  
 que voraz en el antro emponzoñado  
 del folletín se embosca.

Yo, necio, os reprimí, grave, indignado,  
 ridículo! Pígameos que en sus lides  
 con blanda risa perdonara Alcides,  
 os asusté. La silla contra el muro  
 retiré, soñador triste y obscuro,  
 y con voz altanera

grité: —«¡Marchad al punto! ¡Salid fuera!  
 ¡Dejadme solo!»—¡Solo! ¡Gran victorial  
 Como difunto en el sudario envuelto,  
 ya solo me dejáis. Con irrisoria  
 gravedad, mudo, impávido, resuelto,  
 clavo adusto en la puerta la mirada.

¿Qué os importa á vosotros? La anhelada  
 libertad recobráis, el sano ambiente,  
 el parque umbroso, el césped floreciente,  
 el agua del arroyo fresca y pura,  
 donde echáis un hierbajo á la ventura,  
 el cielo luminoso y transparente,  
 el dulce Abril, la espléndida Natura,  
 el libro del gorrión y del gitano,  
 de caracteres claros ó sombríos,  
 del Hacedor poema soberano,  
 (¡algo mejor que los poemas míos!)  
 donde cogéis la flor, estrofa viva,  
 sin que os aguarde reprimenda altiva.

Yo quedé solo aquí, grave, ceñudo  
 y sin otro remedio  
 que ver llegar á mí, pálido y mudo,  
 á ese pedante que se llama el Tedio.  
 Pues, desde muy temprano, en la antesala,  
 el tal Doctor, allá en Londres nacido  
 un domingo de invierno en hora mala,  
 y que nunca el infame os ha querido,  
 vuestra salida la acechaba ansioso  
 para entrar en mi cuarto receloso,

y en el rincón, do vuestro inquieto bando  
 jugó, lanza sollozos de agonía,  
 y le veo, aburrido, bostezando,  
 donde reir gozosos os veía!

¿Qué haré? ¿Leer?... ¡Oh, no! ¿Dictaré versos?  
 ¿Para qué? Bronces, vidrios, alabastros,  
 cuadros antiguos, bivelots diversos;  
 esfera, que con marcha acompasada  
 hace rodar los cielos y los astros;  
 esmaltes, de otra edad obra preciada,  
 blancos y azules; tazas primorosas  
 de Sajonia, en que lucen á porfia  
 sus matices pintadas mariposas,  
 todo, todo me enfada. Os habéis ido,  
 y al marchar os llevasteis la alegría,  
 el sol brillante, el clamoroso ruido  
 que alas presta á mi sueño;  
 la delicia de ver al más pequeño  
 que la lección deletrear procura  
 siguiendo con el dedo la escritura;  
 las candorosas frentes  
 á las que asoman almas sonrientes;  
 la risa estrepitosa  
 que perlas muestra entre coral y rosa;  
 los ojos grandes, ávidos, divinos,  
 que absortos miran mis tibores chinos,  
 el vivo afán de conocerlo todo  
 cuando apoyáis en mi pupitre el codo.

Los silfos, y los gnomos, y las hadas,  
 que en las alas del viento  
 invaden silenciosos mi aposento;  
 las brujas, agachadas,  
 allá, en alguna cavidad sombría  
 de mi desordenada librería;  
 los duendes, enanuelos bulliciosos,  
 que hablan en los rincones  
 con búcaros y tazas y jarrones;  
 todos los numerosos  
 enjambres de diablillos juguetones,  
 ¡con qué maligno gozo habrán reído,  
 si os han visto extraer de mi cartera  
 tanto hexámetro insulso y mal medido,  
 y en la naciente hoguera,  
 atizando el incendio, alborozados

al ver cumplidos ya vuestros deseos,  
de los muertos papeles apilados  
sacar el alma, en ellos encerrada,  
y aquellos versos, lúgubres y feos,  
convertir en hermosa llamarada.

Volved, volved cuanto antes,  
rapazuelos traviesos y radiantes;  
cantad, reíd, corred á vuestro gusto;  
abrid mis libros sin temor ni susto;  
mientras mis versos pensativo trazo,  
mi sillón escalad, movedme el brazo,  
aunque rompa mi pluma los renglones  
y un ángulo dibuje entre borrones  
agudo, cual la torre de una aldea  
que en la llanura igual surge y campea.  
Venid risueños. Placentera calma  
da vuestro aliento al alma.

Como el ave feliz canta y gorjea,  
cantad y gorjead. De vuestra frente  
caiga sobre mi libro dulcemente  
la móvil sombra, como en otros días.  
No me estorbáis, cabezas alocadas,  
llenas de caprichosas fantasías.

No tenía razón, os lo confieso.  
Vosotros, sí, mis tiernos camaradas;  
mas no está bien que os enojéis por eso.  
¿Quién, en sus reprimendas y rigores,  
siempre es justo? De faltas y descuidos,  
¿quién se libra? Los niños bien nacidos  
severos no han de ser con sus mayores.  
Cual se abre la ventana  
á los rayos del sol cada mañana,  
se abre también vuestra alma cada día  
á otro sol más hermoso, la alegría.  
¿Son casos milagrosos  
que sean buenos los que son dichosos?  
El destino halagó vuestros albores;  
no tenéis, picaruelos adorados,  
más que jugar, y sois encantadores!  
Nosotros, que pensamos y vivimos,  
somos tristes, adustos y malvados.  
Luego, hay días también, en que sentimos  
hondo tedio. Llovió esta madrugada;  
hace frío esta tarde; arrastra el viento

una nube sombría y mal formada.  
¿Por qué repica con glacial lamento  
la campana? Quizás, allá en el fondo  
oculta el alma algún remordimiento.  
Malos somos por eso. Yo respondo  
de que vosotros lo sabréis un día  
al crecer en edad... y en picardía.

No tenía razón: lo dicho, dicho;  
pero no es justo prolongar la pena  
por infantil capricho.  
Perdonad, y volved con faz serena.  
Venid, hagamos paces;  
os lo pido por Dios, niños tenaces.  
Tomad plumas, papel, mi despuntado  
compás, mis lapiceros, el paquete  
de lacas, bajo vidrios bien guardado,  
tanto y tanto juguete  
de los hombres, que al niño dan asombros;  
mis figuras de chinos y de chinas  
obesos y panzudos cual cohombros;  
el viejo cuadro hallado entre ruinas  
bajo un montón de escombros,  
¡todo para vosotros! A mi mesa  
encarámate audaz, gente traviesa;  
mi gran sillón de roble, trono augusto,  
arrástralo á tu gusto;  
en mi banco esculpido  
brinca, sin recelar mi ceño adusto;  
y si aún quieres de mí nuevos favores,  
si aún bastante benévolo no he sido,  
toma, toma mi Biblia de colores,  
que nunca viste sin secreto espanto,  
y en la que el Padre Eterno está vestido  
de emperador, con su corona y manto.

Y quemad luego sin protesta mía  
todos los versos que encontréis, si os place  
ver la humareda que al quemarlos nace.  
¡Desgarrad y quemad! No tan clemente,  
á tratarse de Mery, yo sería;  
Mery, el poeta dulce y sonriente  
que Marsella, ciudad de excelsa fama,  
con entusiasta aplauso, hijo glorioso  
de Virgilio proclama.  
Entonces os dijera temeroso:

—«Respetad, respetad, niños queridos,  
esos versos que al cielo  
remontarán mañana el raudo vuelo.  
Esos papeles son el blando nido  
donde palpita inquieta  
la inspiración alada del poeta.  
¡No los toquéis! Las aún recién trazadas  
rimas, en la discreta  
sombra del manuscrito aprisionadas,  
si caen en vuestras manos,  
déspotas inocentes é inhumanos,  
sufren todos los males, que risueños,  
á la vez implacables y sencillos,  
todos vosotros, cuando sois pequeños,  
hacéis á los pequeños pajarillos.

Por mis versos, piedad no os pediría;  
sólo vosotros sois mi poesía.  
Mi numen los impulsos voladores  
sigue de vuestra loca fantasía;  
sois los claros fulgores  
que á mis rimas les dan luz y colores.  
¡Oh niños, cuya plácida existencia  
alumbra la esperanza  
y encontráis en la dulce inexperiencia  
dicha y placer y júbilo y bonanza;  
vosotros no entendéis de sufrimiento;  
no sabéis cuánto pesa el pensamiento  
del poeta en la mente,  
ni qué calor tan amoroso siente  
cuando vuestra sonrisa le enajena,  
cuando admira extasiado la serena  
tranquilidad de vuestra hermosa frente;  
cuando jugáis en el vecino huerto,  
y vuestros gritos, de inefable encanto,  
en extraño concierto  
vienen á unirse á su afligido canto.

Volved, pues, volved pronto al lado mio,  
si verme no queréis triste y sombrío,  
al pescador normando semejante,  
que el largo invierno ve de mala gana  
y, ceñudo el semblante,  
contempla con amargo desconsuelo,  
de bruces asomado á la ventana,  
la lluvia pertinaz rayando el cielo.

## EL GRAN LIBRO

Los muchachos, rubio enjambre,  
balbucientes delectan,  
y el dómine refunfuña  
á tu luz, ¡oh Primavera!

Corro los húmedos campos  
y abierta miro la escuela;  
toda la vida de Mayo  
late y germina en las selvas.

Todo ríe, todo canta,  
valle y bosque, cielo y tierra.  
¿Son los rayos de la aurora,  
oh flores, los que os engendran?

Yo también leo y medito  
tu libro, Naturaleza:  
¡qué oda pindárica, el águila!  
¡qué madrigal, la violeta!

Más ¿por qué—¡funesto arcano!—  
la misma savia alimenta

al rudo cardo leproso  
y á la cándida azucena?

Mirad; de las verdes cañas  
voló la becada esbelta;  
lleva una perla en el pico:  
¿sabéis lo que es esa perla?

Es el pez que en el estanque,  
prisión brillante y siniestra,  
al frágil insecto de oro  
entre los musgos acecha.

Ladra un perro en los jarales,  
ágil corre, un tiro suena;  
¡siempre una plaga escondida,  
oh mundo, entre tus bellezas!

Y así, hollando cieno inmundo  
bajo las floridas hierbas,  
pienso en el Mal, de tu libro,  
¡oh Dios!, errata tremenda.

## DE LA MUJER AL CIELO

Etapas misteriosas tiene el alma.  
Hay dos grados; primero es el amar,  
después el comprender. ¡Mundos distintos!  
Amar es mucho; comprender es más.

¡Amar y comprender, esa es la cima!  
El corazón, paloma que la paz  
ama del valle, en el amor se posa;  
el espíritu vuela más allá.

El amador transformase en arcángel:  
allí, el placer; después, la inmensidad.  
La pálida penumbra de la dicha  
truécase en centelleo celestial.

Siembra el amor en la desnuda tierra  
do azota seca hierba el huracán;  
las hierbas reverdecen, ¡oh misterio!,  
y en dulce nido Abril las trenzará.

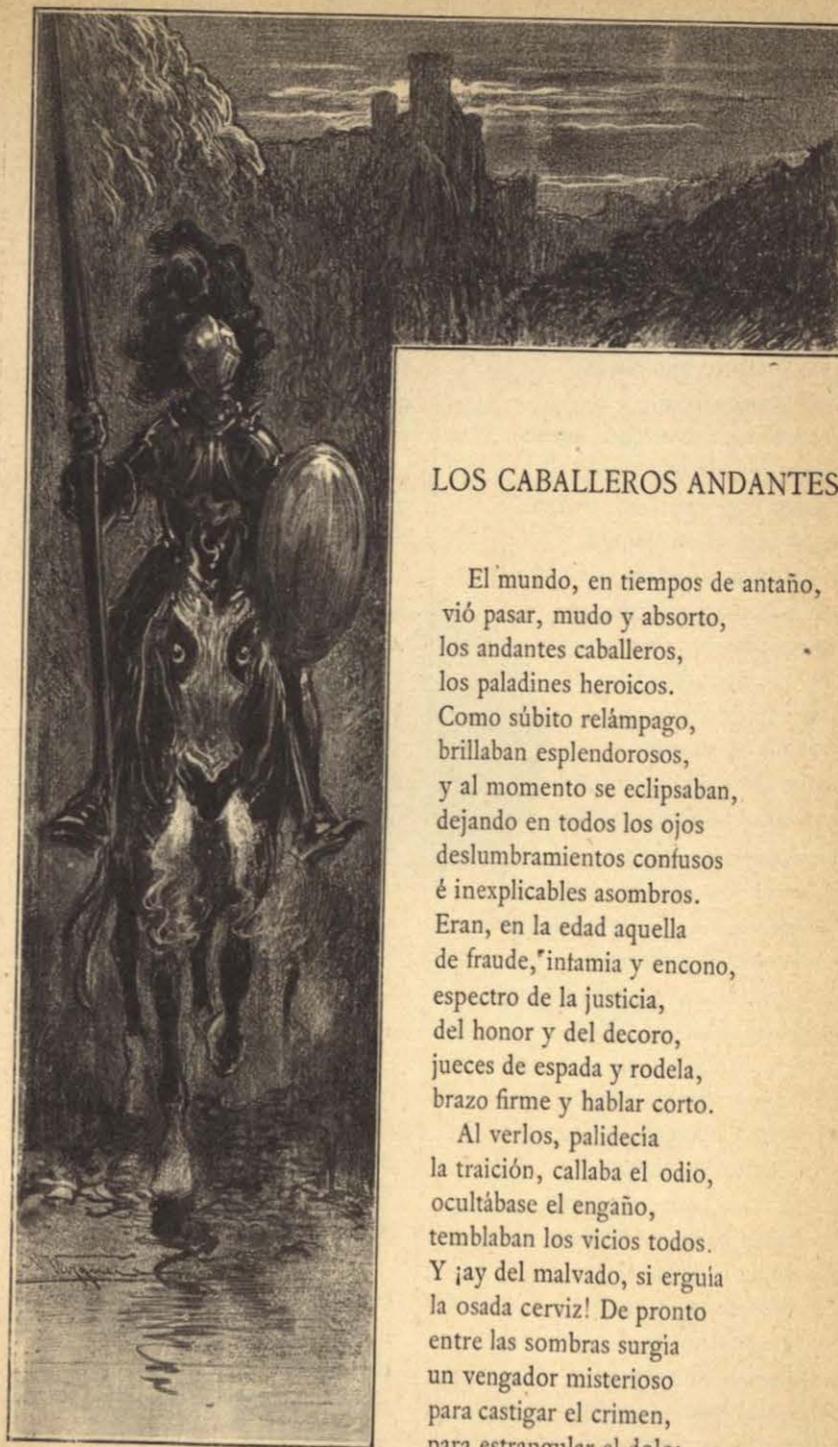
Rasga velos oscuros, abre paso  
 á las celestes luces, y verás  
 trocado el nido en astro esplendoroso,  
 que alumbra la infinita inmensidad.

### NOMEN, NUMEN, LUMEN

Cuando hubo terminado su obra entera,  
 y ordenando los soles su tropel,  
 el lugar ocuparon en la esfera  
 que les marcara El.

De revelar al mundo cuál se nombra  
 juzgó llegados los momentos ya,  
 é irguiéndose, sereno, entre la sombra,  
 exclamó:—«Jehováh».

Las letras de ese nombre en luces bellas  
 se trocaron, y son  
 las siete brillantísimas estrellas  
 del negro Septentrión.



### LOS CABALLEROS ANDANTES

El mundo, en tiempos de antaño,  
 vió pasar, mudo y absorto,  
 los andantes caballeros,  
 los paladines heroicos.  
 Como súbito relámpago,  
 brillaban esplendorosos,  
 y al momento se eclipsaban,  
 dejando en todos los ojos  
 deslumbramientos confusos  
 é inexplicables asombros.  
 Eran, en la edad aquella  
 de fraude, infamia y encono,  
 espectro de la justicia,  
 del honor y del decoro,  
 jueces de espada y rodela,  
 brazo firme y hablar corto.

Al verlos, palidecía  
 la traición, callaba el odio,  
 ocultábase el engaño,  
 temblaban los vicios todos.  
 Y ¡ay del malvado, si erguía  
 la osada cerviz! De pronto  
 entre las sombras surgía  
 un vengador misterioso  
 para castigar el crimen,  
 para estrangular el dolo;  
 y á la humanidad entera  
 en combate audaz y loco